

libertad verdadera (1); pero quizá carezca de datos con que comprobar la certeza de tal opinión, y voy á ver si le suministro algunos, entresacados de un cúmulo inmenso.

La miseria, el anhelo de enriquecerse rápidamente ó causas políticas, acrecientan cada año con millares de emigrados la población de los Estados-Unidos. Es fácil comprender cuan desorientados, cuan llenos de angustia se llenarán los más, necesitando inmediata ocupación en un país tan vasto, donde diariamente van haciéndose más difíciles los modos de ganar dinero; tanta es la ansiosa multitud que se apiña, se empuja y se atropella en las sendas de la riqueza, y así, por consumado que un hombre sea en una profesión ú oficio, puede muy bien morir de hambre donde no le conozcan ni siquiera por recomendación; donde no haya una mano que le proporcione tarea, y por lo tanto, ocasión de acreditar su valia. En Nueva-York, desembarcadero habitual de emigrados, hay dos asociaciones generosas que sinceramente procuran remediar en lo posible los indicados males: una, compuesta de señoras y caballeros, dá consejos é informes; ocúpase otra en buscar colocaciones y hasta favorece con ropa y algún dinero á los más necesitados. Lector, no te quede duda de que son muy egoistas los anglo-americanos.

No estando Nueva-York exenta de la prostitución, formóse en 1867, para combatirla, una curiosa asociación de señoras y caballeros con el nombre de *Misión de media noche*, sostenida únicamente por suscripciones voluntarias! Dos veces á la semana, parejas de socios recorren las calles frecuentadas por las meretrices, y previas alguna palabras de bondadosa exhortación, entregan á aquellas infelices un impreso moral y una tarjeta, convidándolas á una reunión en el local de la Sociedad.

Las que asisten, ya por un feliz impulso de su conciencia, ya por curiosidad, ya por irrisión, se encuentran con respetables señoras, quienes, ahogando la repugnancia vivísima que han de infundirles tan abyectas mujeres, las acogen con afabilidad, las obsequian con refrescos, y, estableciendo conversación, les hacen comprender las inapreciables ventajas de la virtud. Después se canta un himno. La ramera que manifiesta deseos de quedarse en en la casa, puede hacerlo, ya por un solo día, ya por semanas, ya por meses, viviendo como en familia. Además de contiunar, y muchas veces conseguir su curaciou moral, la socie-

dad le enseña trabajos de aguja ú otros con que honradamente pueda ganarse la substancia, y á su debido tiempo le proporciona colocación. Victorias muy difíciles; pero, por lo mismo, muy gloriosas, ha obtenido la noble institución en la cual me ocupo. ¿Necesitaré encarecer la profunda caridad, la abnegación que ella prueba, el esmero con que procura rehabilitar á sus protegidas, evitando toda publicidad, todo lo que pueda cerrar las puertas á la enmienda, mostrando como indeleble la mancha adquirida en el extravío?—¿Sabes, lector, que de envidiable manera proceden en ciertas ocasiones los egoistas?

En todo lo relativo á la difusión del saber, ostenta el egoismo anglo-americano proporciones asombrosas.—Pedro Cooper, *enfant de ses œuvres*, como diría un francés, gasta 300.000 pesos fuertes en el Instituto de su nombre, dedicándolo á la mejora física, moral é intelectual de sus compatriotas nacidos en Nueva-York y desdeñados por la fortuna; á dicha ciudad regala Astor una biblioteca que le cuesta 400.000 pesos fuertes; para señoritas funda el ceresero Vassar un colegio, en todos conceptos magnífico, sin reparar en él desembolso de un millón de duros; mayor suma invierte Corneli en su grandiosa Universidad de Itaca.

Al contrario de lo que suele suceder en el mundo, en el cual, á manera de limosna, se dá á los pobres exigua instrucción gratuita, los Estados-Unidos han pensado con su egoismo y excentricidad ingénitos, que la enseñanza primaria debía darse de balde y con esmero, lo mismo al indigente que al rico, sin distinción alguna. Así vemos qué á tal objeto destinan excelentes locales y profesores idóneos, siendo éstos muchas veces reforzados temporalmente por hombres ilustres, quienes gustosa y expontáneamente aprovechan cualquier trégua en sus habituales trabajos para cooperar con una ó más conferencias á la grandiosa obra de la instrucción nacional. Desde la edad de seis años hasta la de diez y ocho, pueden los norte-americanos de ambos sexos recorrer tres clases de escuelas gratuitas, aprendiendo desde los ramos elementales hasta la historia, las matemáticas, la teneduría de libros, el latín, la astronomía, la física, la higiene, la fisiología, el dibujo arquitectónico, el francés y alemán. Como dice muy bien Mr. Hippeau, «la escuela primaria de los Estados-Unidos, liga con el primer vínculo las diferentes clases sociales, mientras que la escuela primaria europea establece y sanciona, en cierto modo, el punto de partida de la desigualdad y separaciou de clases». Pero los

(1) Esto se escribía antes de haberlo deshonrado con la injusta guerra de 1893.